

ARHUM

El arte de ser humano





QRHUM

¿Qué es ARHUM?

El arte es parte de una historia que comenzó el día en que el ser se hizo humano y el humano se hizo ser. No es un producto; es un impulso indomable, un grito profundo que busca salir sin pedir permiso.

ARHUM surge como contrapeso a la fragmentación social de nuestros días, como un espacio donde el arte y la filosofía convergen. Tenemos la certeza que el arte es para todos y está en todo, desde el hombre que barre las calles de madrugada hasta el dueño de una multinacional, desde un niño que explora el mundo hasta una persona mayor, con historias grabadas en las arrugas de su piel.

Nos mueve el deseo de perfeccionar no solo el arte en sí, sino el arte de ser humanos, para que cada persona pueda encontrar en la creación una fuente de conexión, de expresión y de vida. Revista ARHUM es más que una publicación; es un esfuerzo por democratizar el arte y el pensamiento, construyendo, página a página, una comunidad más unida y reflexiva. Es un lugar que personas desconocidas han imaginado y creado para todos.

Juntos, podemos hacer del arte una fuerza que inspire, transforme y nos haga más humanos.



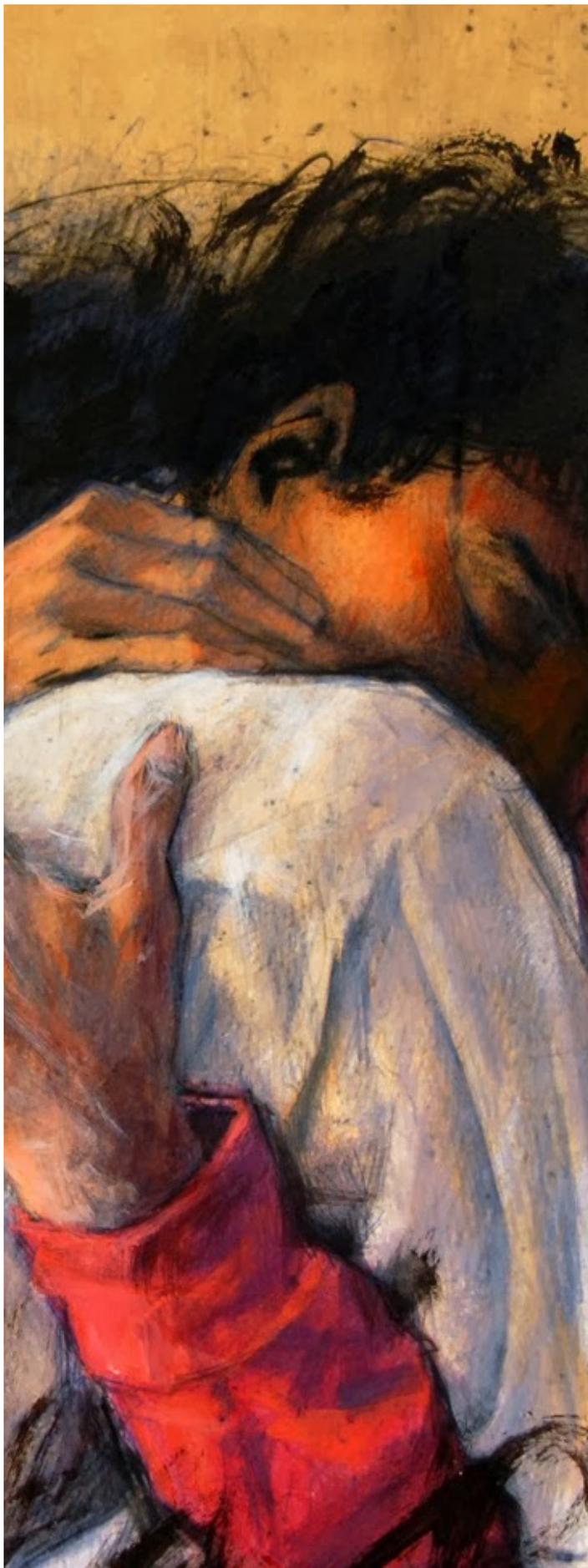
*Cueva de Cosquer,
Francia.*



Fotografía de "El Norte", 2023

ÍNDICE

Ahora (Poema)	6 - 7
Los rosales (Cuento)	8 - 9
Reos de la mancha urbana (Poema)	10
Danza de elementos (Poema)	11
Siguiendo la luna (Cuento)	12 - 21
Converger en la agonía (Poema)	22 - 23
El autobús de medianoche (Cuento)	24 - 27
Silencio en el bosque (Cuento)	28 - 31
Lo último que te recuerde que te amo (Poema)	32
Una cita sin horario ni lugar (Cuento)	33
Schrödinger (Poema)	34
Abecedario	35
¿Qué es y qué implica realmente el proceso de la filosofía y su enseñanza? (Ensayo)	36 - 41



Ahora

Todos tenemos que irnos,
Tarde o prematuramente
tendremos que hacerlo,
De alguna forma,
en alguna inevitable circunstancia,
Bajo alguna terrible distancia,
entre los océanos y la montañas,
desde aquella descondensación
cuántica
hasta el instante preciso en que
nuestros besos se hallaron.
Vamos a tener que soltarnos,
Quizá des-amarnos poco a poco,
Desvanecernos de nuestras
reminiscencias, lento, lento...
bajo obra del destino o nuestras
propias manos,
Asumiremos el enmudecer nues-
tro amor y surcar distantemente,
Olvidando o extrañando,
Corriendo vívidamente o entre
pasos torpes titubeantes,
Bajo memorias que malversen
varias de nuestras noches,
Sometidos al vaivén del insomnio y
de soñarnos,
sobreviviendo a estas tormentas
del alma y a los gritos de
moribundos cariños que se agitan
en nuestros corazones.
Habrá que abandonarnos...



Peter Wever, 1950, Embrace painting

Y ante ese absolutismo inamovible,
Me siento precipitado en quererte demasiado,
Amarte conciente de la eternidad ajena a tus labios.
Así que, antes de que el cruel universo nos arranque de estar juntos,
Te amo mucho...
Ahora...
Que es todo lo que importa.

Kemed Jiménez



Los rosales



Nací amándolo, como si ya supiera desde el principio que cada parte de mi ser le pertenecía, como si mi corazón hubiera sido hecho para descansar sobre una piedra, dispuesto a ser devorado, pedazo a pedazo, por su hambre insaciable de mi amor. Ni una gota de agua para calmar el ardor que sus mordidas dejarían, aun así, lo amaba.

Nací queriendo besarlo, y desde el primer aliento, mis ojos se lanzaron en busca de su sombra. Cuando me palmearon al nacer, yo ya creía sentirlo cerca. Emilio, el origen de mi maldición, se anidó en cada rincón de mi mente y de mi pecho.

Crecí hablándole en silencio, en cada brisa de abril que azotaba mi piel, veía su silueta entre los rosales que mi madre cuidaba con la devoción de quien anhela que los muertos se enamoren de nuevo. Le escribía cartas para que las llevara a los que ya no están, como aquel niño Luis, que se fue sin que nadie alcanzara a despedirlo. Su madre, abrazada a una cruz roja, lloró hasta que el sol secó sus lágrimas.

Emilio recogía mis cartas, con esa sonrisa enigmática que decía más que cualquier palabra, y siempre supo, desde el primer día, que yo había nacido para crecer y morir de amor por él. No me hablaba, pero su mirada me seguía siempre, callada, persistente. Hubo un día en que lo olvidé, al menos por unas horas. Almorzamos lentejas con papa, y mientras comíamos, pensé que Emilio debía andar por ahí, en algún rincón de la casa, pero mamá dijo que, desde que el niño Luis se fue, alguien había empezado a hacer limpias en las casas.

Aquel hombre, el de la cabeza calva y gafas gruesas, vino con un mantel negro y echó agua bendita por doquier. Incluso en los rosales. A Emilio, pensé, le encantaría ver las rosas más vivas que nunca, pero él ya no estaba. Las tardes me encontraban rascándome la piel hasta que me desgarraba, y mamá me ponía pomada, solo para que yo volviera a rascarme.

Iba a la plaza, buscando encontrarlo, pero nunca lo veía. Una vez, escuché una guitarra detrás de mí, y mi corazón se aceleró con tal fuerza que pensé que iba a estallar. Me volteé gritando su nombre, pero solo vi a un músico cualquiera que, con desdén, me tendió la mano esperando unas monedas. La rabia me cegó: pateé su guitarra y salí corriendo, sintiendo cómo el corazón se me desangraba a cada paso.

Llegué a casa llorando, mamá me miró, pero no dijo nada. Entré en mi cuarto y atranqué la puerta, desplomándome en la cama, aferrándome a la almohada, con los rosales aún latiendo en mi mente. Quise quemarlos, destruirlos, con la gasolina que papá guardaba en el patio, pero me detuve. Eran lo único que me quedaba de Emilio. Dormí en la soledad de aquel domingo, y desperté con la angustia gris del lunes. Abrí la ventana, respiré el otoño, y no lloré más. Desatranqué la puerta, mamá me abrazó llorando, diciéndome que me había esperado todo el tiempo, sin comer, sin moverse más que lo necesario para cambiar de pie.

Papá llegó, y ninguna de las dos dijo nada. Solo se sentó, pidió algo de comer, y mamá le sirvió sopa. Mientras comíamos, papá mencionó que la casa se sentía pesada otra vez, y mamá le respondió que era raro, porque ya habían limpiado hasta los rosales de su corazón. Y fue entonces que lo entendí: Emilio no se fue por decisión propia, fue el de la cruz quien lo expulsó.

Las sombras se disolvieron en la agonía implacable de la soledad. Emilio de mi corazón, quedan las lluvias de septiembre borrando tu recuerdo y tu música retumbando en lo profundo de mi ser. Fuiste brasas que quemaron mi alma en silencio, como aquellos atardeceres que se quebraban al final de cada día.

Dime, ¿cuándo volverás, si es que alguna vez lo harás? Mi existencia quedará atrapada en esta ciudad amurallada de montañas infinitas. Espero, con el tiempo, que mi piel se desgaste y me consuma el olvido, para deslizarme entre la frescura de los rosales donde un día me consumí por ti, Emilio de mi maldición.

Fernando Walle



Reos de la mancha urbana



Un soplo de vida corre
por debajo del concreto inocuo,
se cuela por las grietas
asomándose rebelde.

Ocupa en las ciudades
los espacios vacíos,
aislados latidos
sonando entre escombros.

Pálpitos salvajes,
reos de la mancha urbana,
son retazos tus llanuras
de paisajes olvidados.

La maleza entretejida
abraza fuerte la fauna,
resguardándole sus dones
a una tierra encarcelada.

Hojas abiertas
déjenme chocar sus palmas,
manos extendidas
a través de la reja.

Sáltense las bardas,
crezcan con la lluvia,
el viento peina el pasto
con sus aires libertarios.

Nuestros lotes de sueños
vendidos al progreso,
dejaron sin naturaleza
a este presente baldío.

Amanecer reverdecido
devuelves la esperanza,
puesta en ti mi vista
es más alegre y despejada.

Francisco R. Garcisán

Danza de elementos



Se dice que si contemplas el fuego
el tiempo suficiente,
este habla y te muestra cosas
que los ojos antes no veían.
Su virtud transformadora
también es reveladora.

Mucho viento disipa las llamas pequeñas,
pero llena de fuerza a las que permanecen.
Es una danza de elementos
que se complementan:
viento que juega, fuego que crece,
colisión de divinidades naturales,
pequeño éxtasis, creador de nueva materia.

Se dice que si extiendes tus
brazos y alzas el rostro,
durante la ventisca, ella te libera
y te reaviva. Los elementos
son maestros, guías de lo esencial,
de lo elemental.

Procura no estar a merced del deseo,
pues te priva los sentidos,
bajo el espejismo del placer eterno.
Consumido el fuego y calmado el viento,
solo queda esperar el retorno de
los maestros para empezar de nuevo.

Que tu visión no desvanezca,
que firme permanezca.
Que las columnas, de sólida entereza
y colosal tenacidad,
mantengan protegido el fuego eterno,
que los soplos entre muros lo protejan.

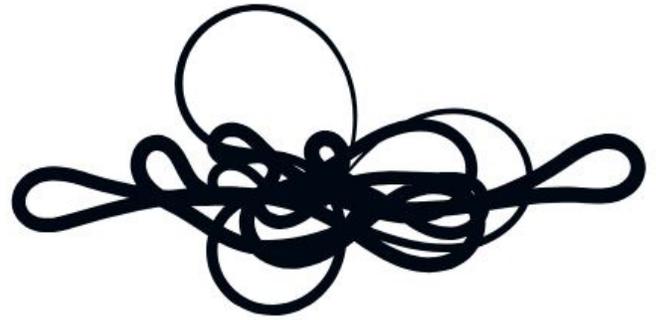
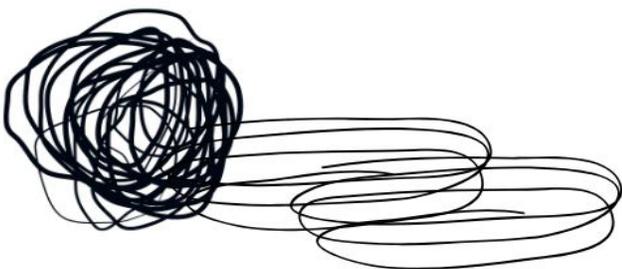
El fuego que llegó del cielo,
y el aire que todo habita
esperan, pacientes,
a quienes han de descubrirlos.

Durán D.

Siguiendo la luna

5 de agosto

He mirado el recorrido completo de la línea 2 que va desde Escobedo hasta el centro de Monterrey, fijando mis ojos en las ventanas al hombre que suelo ser. He muerto espiritualmente, y estoy cansado. Siento una carga en mis hombros que aplasta mis costillas constantemente, liberando un sonido chirriante, entonces curveo la espalda para liberarlo y que no esté molestando por un tiempo. Después vuelve, al cabo de horas o días, para pegarse de nuevo a mi espalda como un parásito. Nunca he sido una persona de hacer ejercicio, no he tenido tiempo, pienso, para cuidarme como lo hacen las estrellas de redes sociales y televisión que presumen sus físicos. Las sensaciones de vacío que he sentido los últimos meses me han motivado a escribir una bitácora diaria, que bien parece un diario adolescente. Dichos eventos ocurren de la siguiente forma: camino libre sobre las calles, de camino al trabajo o en mi regreso a casa, y surge una frívola necesidad por vivir desde mis entrañas. Me he soñado en diferentes proyecciones, levitando sobre cerros, corriendo hasta alcanzar un tren, encendiendo bosques, pero despierto. Solo soy yo



12 de agosto

He decidido comprarle a mamá un pastel saliendo de la oficina. Hay variedades que le gustan más que otras, como el pastel de tres leches con queso crema y fresas. Cuando cumplí 7 años mamá compró un pastel de chocolate en tres niveles, acudieron compañeros de mi escuela y familiares que no había visto antes, una gran fiesta infantil. Para el show contrató un espectáculo de superhéroes, trataba sobre una dupla heroica y como debía derrotar a un supervillano, que intentaba, como suele ser, conquistar el mundo. Recordar esas memorias me dan un sentimiento de nostalgia, un conjunto de emociones que no he podido recobrar, llenar, como una curiosidad por cualquier misterio. Las emociones no se viven igual y el tiempo pasa sin darme cuenta. Añoro mi infancia demasiado. A veces pienso que por eso no vivo el presente con tanto deseo, como una máquina en modo automático. Sigo ordenes, las cumplo, eso es todo.

15 de agosto

Una de mis primeras soluciones al vacío que siento es variar mi cotidianidad, por eso ayer decidí cambiar una ruta de ida al trabajo. Comencé bajando dos estaciones antes, abrí un refresco y miré al cielo, gris cielo contaminado, y caminé hacia una plaza para sentarme en sus bancas, tomando por tragos medianos la soda aprovechando que se encontraba fría. La iglesia que estaba de frente realizaba una misa con lleno total, donde la gente se veía feliz de cantarle a Dios. Me produce envidia como muchas personas pueden sentirse felices con apenas ir a la iglesia, o solo reencontrándose con personas que hace mucho no veían. El pasado cumpleaños, a pesar de ver a mi mamá feliz y a mis hermanos reunidos, no puedo decir que me sentí satisfecho con mi vida hasta ahora. Sí, hubo un sentimiento de bienestar, que me recorrió durante al-



gunos momentos, pero no me basta. No bastan las emociones ligeras, ni los cánticos evangélicos, ni las festividades. No bastan como pensé que deberían.

20 de agosto

Regresando del trabajo, mientras caminaba sobre Padre Mier entre las nuevas construcciones —que nos venden como la modernización del rancho- y la destrucción de sillares viejos, fue inevitable ver tomados de la mano a parejas adolescentes y adultas que se brindaban calor de palma a palma. Ver esas sencillas muestras de afecto me despertó una tristeza que tenía muy escondida. “Extraño demasiado a Ivana”, pensé profundamente. Dicha extrañeza fue ampliándose en medio de las reflexiones que uno sueña despierto cuando se pierde la mirada en el trayecto de regreso al hogar. Subí en Cuauhtémoc, me amontoné entre los demás para subir al vagón, unas estaciones después bajé en Alfonso Reyes y caminé hasta mi casa mientras seguía indagando para encontrar un hilo donde se encontrasen el origen de este vacío espiritual y mi rompimiento amoroso, amarrando una coincidencia de cuatro meses atrás...

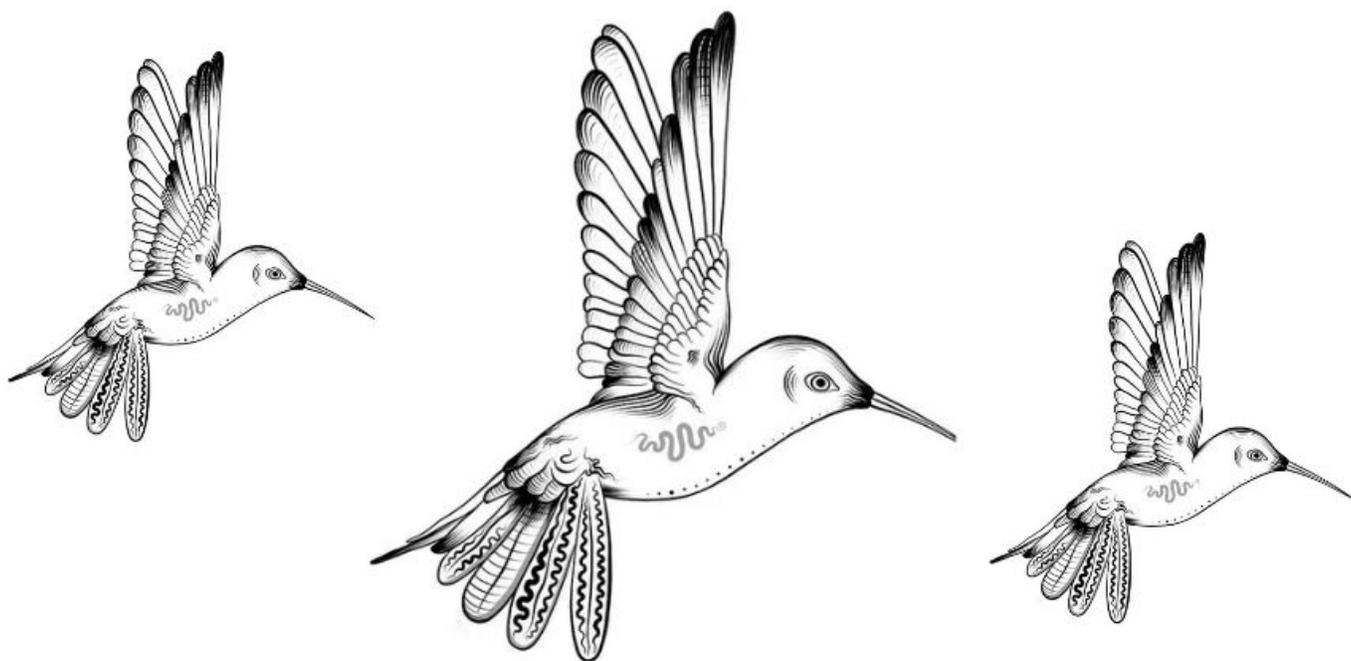
Mayo fue un mes complicado, Ivana decidió cortar una relación de tres años después de meditarlo un tiempo, según me contó ella. No logro ubicar cuándo dejó de quererme, pero recuerdo comentarios de su familia sobre mi terquedad

23 de agosto

a no comprometernos antes de al menos cuatro años, o bien pudo ser el ajetreo de no vernos tan seguido como lo solíamos hacer antes. Extraño sus manos frías, que calentábamos entre los dos durante diciembre, también extrañaré cuando encendíamos veladoras en noviembre. Ambos nacimos en octubre, nos regalábamos ropa de invierno para sentir el calor del otro, y aunque sigo teniendo los abrigos que me regaló, no sería un calor honesto el que sentiría al usarlos, sería un calor de tristeza, como cuando uno llora tanto que las mejillas se calientan. Me recosté en mi cama para procesar el dolor que traté de olvidar estos meses, pero mientras más intentaba más recuerdos llegaban hacia mí, brotando ríos que se encontraban escondidas debajo de mis párpados. Terminaron de salir y caí profundamente dormido, entre una nariz congestionada y lágrimas secándose en mi almohada.

Hoy la rutina se pasó más lento de lo normal. En el trabajo los relojes parecían no avanzar mientras seguía capturando órdenes de compra de hace una semana que Fidel, mi jefe de departamento, necesitaba para sus eternas facturas. La burocracia me asquea más que una rata. Hace dos días, cuando aún tenía los ojos vagamente hinchados de llorar, tuve que recoger firmas de cuatro jefes distintos para aprobar la compra de paquetes con hojas para imprimir. Subí para encontrar a dos, y en busca del tercero, resbalé de los escalones, golpeándome en las rodillas. Me ahogué el grito, pues al sentir el dolor, como un mensaje divino me llegó una iluminación.

La adrenalina del impacto me hizo sentir bien, despertándome una emoción por casi morir. Procesé diferentes escenarios comenzando con la pregunta ¿Y si caía de cabeza?: quizá mi cráneo se hu-



biese aplastado del impacto, o el golpe hubiera sido en un punto específico del cerebro dónde no tendrían más remedio que dejarme en coma, quizá mis rodillas se hubiesen salido de la piel dejando un escenario traumante... junté las firmas necesarias, capturé lo encargado, salí a la calle y prendí un cigarro para bajar el nerviosismo de la muerte. La ceniza fue cayendo hasta llegar al subterráneo, mientras regresaba en metro, conjugando lo sucedido con mi vacío emocional, una idea me recorrió la nuca como solución, un pensamiento reprochable, ilógico e inconcebible. ¿Cómo podría llenar mi falta de vida, si no es haciendo frente a la muerte?, ¿Desafiar mi vida durante las noches, realmente acrecentará mi deseo por vivir?, ¿Me ayudará a maravillarme con nuevas experiencias? Además, quizá solo así puedo dejar atrás repeticiones de sentimientos añejos, como el amor o la tristeza. “Solo la adrenalina de vivir o morir” fue un pensamiento que se implantó sin freno en mi mente.



Tarde del 24 de agosto

Después de ayer, he recordado las ocasiones donde casi muero de forma accidental: las veces que me he cruzado frente a automóviles en movimiento, ocasiones donde piso mal las escaleras de puentes

peatonales, cuando me emborracho y duermo boca arriba. Encontrarme con la muerte de forma cercana en varias ocasiones me ha motivado a desarrollar mi visión punto por punto, a indagar el origen de mi vacío, pero no creo mi rompimiento con Ivana sea la causa de este mal totalmente, quizá solo sea un parte. ... debe ser algo más que no encuentro en mis entrañas. A pesar de eso, se abre un debate interno en mis ideas ¿Importa la causa si lo que busco es, con justa razón, darle un final a mi vacío de emociones? Aunque, por otro lado, esto no podría solucionarse tan fácilmente, no debe ser solo salir por las noches para respirar la oscuridad, al menos no para mí, otros lo intentan con vicios, con falsos amores, quizá algo de eso puedo intentar, o podría solo dejarme llevar por la luna hasta que mis pies se hinchen y mis pulmones quieran calmarse. Pero hoy no será cuando decida salir, necesito calmarme unos días para ver si las ideas se me pueden aclarar, al menos un poco, antes de tomar una decisión sin vuelta atrás

30 de agosto

Escribo esto llegando del trabajo para plasmar mis vivencias en un día donde la violencia me llamó casi por mi nombre usando la voz del viento, comenzó la mañana así: durante una falla entre San Bernabé y Unidad Modelo, dos hombres comenzaron a pelear acusándose de empujarse, comenzó como una discusión, después avanzaron con empujones mu-

tuos y a los segundos, uno golpeaba en la nariz al otro lo suficientemente fuerte para causarle sangrado, el afectado respondió y en medio de todos los pasajeros, dos hombres perdieron la calma.

El tren reanudó su marcha, cuando llegamos a la siguiente estación llegaron dos guardias, los separaron, dejando ver la sangre que manchaba el suelo y sus uniformes azules. Unas gotas cayeron en mi pantalón. Al salir del metro en Padre Mier caminé directo a la oficina, pasando a lado de indigentes que se encontraban recostados en cobijas desgastadas, asomando sus pantalones rotos. En el trayecto, una jauría de perros perseguía a un gato en una de las plazas céntricas, no lograron al-

canzarlo a pesar de su esfuerzo. Después, sobre el pavimento vi un cuerpo pequeño arrastrado, era la mitad del cuerpo de una rata, con su cola y piel seca planchadas en el concreto. Los fétidos olores por una fuga de aguas negras también se hacían presentes, aceleré para no marearme y finalmente subí al elevador. El tiempo parecía retorcerse a sus anchas. Platiqué con mis compañeros un rato durante la comida.

- Oye Roberto, ¿alguna vez piensas tatuarte?- preguntó Jaime, mi usual compañero de mesa con quién hablaba de cualquier asunto.
- No se me antoja, mi papá fue muy estricto conmigo sobre no tatuarme desde que estaba chico, me decía que solo era para convictos, cholos, lacras, una marca de mala persona.
- ¿Y qué hay de las personas que se tatúan santos? Imagina, tatuarse un santo por fe, ¿haría al tatuado una mala persona?



- No creo que los haga buenas personas, pero tampoco malas. La biblia es muy antigua para que sus reglas se apliquen al pie de la letra. Pero digamos que, por ejemplo, una persona prometió tatuarse a una virgen si le cumplía un milagro... y entonces sucede el milagro. No creo que un creyente fiel dude en tatuarse ante tal situación.

- ¿Y crees mucho en Dios, Roberto?

- Bastante, pero es un tema muy complicado también. Estoy seguro de que no es un gran hombre con barba, como las ilustraciones que coloreaba de niño. ¿Será hombre, Jaime? ¿Dios es hombre? Jaime se quedó callado unos segundos. Entonces solo respondió.

- Sabes, a veces no soy tan religioso, pero voy contigo en que es muy complejo.

Dieron las seis, en la santa salida laboral sentí una brisa ligera frente a mí, apegándose, como si quisiera desprenderme los deseos de enfrentar la vida que habían resurgido el día de hoy. “No veo remedio en posponer lo inevitable, no encuentro excusas” pensé de camino al metro, como cientos de veces lo había hecho antes, en trayectos de ida y vuelta. Me carcome la sensación de intentarlo. Salir al menos una noche como gato callejero. Sentir el valor de poder encararla en busca de lo que bien podría ser mi muerte. Sentir mi vida peligrando mientras el sol se esconde de nosotros, abrazándome a la luna como mi única luz.



Madrugada del 31 de agosto

No puedo evitar un nerviosismo, muchas ideas están derivando en este momento. ¿Qué pasará? Es una cuestión que me está matando. Son cerca de las tres de la madrugada, me he cubierto con un pasamontaña que compré en el invierno del año pasado, calzado deportivo oscuro y un pantalón deportivo, una camisa negra con líneas rojas. Tomé una mochila ligera que me cruza de lado a lado en diagonal. No hay más cuenta atrás, sé que puedo morir hoy. Coloco en la mochila un tubo de metal que teníamos guardado en el patio trasero, escondo una navaja suiza en los bolsillos del pantalón, así como un cuchillo de cocina de tamaño suficiente para perderse en la noche. Respiro hondo. Decidí saltar por el muro que da a una calle exterior a mi casa, camino hasta recorrer un parque cercano para ver algunos animales dormidos. A dos cuadras logro notar que sobre una calle se alumbran las luces de una camioneta negra, con ruidos de hombres.

Por instinto me recuesto en el suelo para que mi sombra no me delate ante las luces mercuriales. Mi corazón late fuerte, una adrenalina me llena ante la posibilidad de ser descubierto. Se detienen en una casa, pero continúan la marcha a los segundos, desapareciendo a la distancia.



Han pasado al menos treinta minutos, me alejo y llego a algunas calles solitarias que dan a parar sobre la avenida, escuchándose borrachos fuera de los bares. Vuelvo a los caminos conocidos con la luna siguiendo mis pasos. Cambio mi rumbo hacia un canal de agua donde la maleza ha domado al concreto fuertemente. Solo paso por encima, sintiendo un vértigo ante la posibilidad de caer y mojarme entre las aguas negras, donde bien podría pasar sobre mí una camada de ratas.

La sola idea me aterra lo suficiente para alejarme a una distancia segura. Tengo dos opciones en mi mente, puedo regresar y experimentar en los siguientes

días. Aunque he pasado poco tiempo en la penumbra, los escalofríos de la inseguridad me están invadiendo los huesos.

Algo de mi meta se ha cumplido estos minutos, reconozco un miedo a los peligros que acechan en la noche y como estos me bombardean con emociones de incertidumbre, calmando mediante una respiración profunda nervios que me podrían hacer correr hacia mi casa.

En búsqueda de un lugar seguro, decido regresar al parque para esconderme entre los arbustos, en lo que sigue avanzando el tiempo. Pienso parar hasta que sean las cuatro, pues es cuando normalmente salen muchos trabajadores para comenzar su rutina laboral.

Miro continuamente el reloj digital en mi muñeca izquierda, ansiando que se hagan las cuatro de la madrugada para regresar sin defraudarme a mí mismo. Unos cuantos ladridos se escuchan alrededor pero no veo perros, solo yo estoy aquí. Aun así, soy temeroso de que la noche me despierte una paranoia, que mi nerviosismo me traicione con alucinaciones fugaces.

Alguna vez de niño temí que se apagaran las luces para evitar estar rodeado de fantasmas en mi imaginación. Hoy, siendo un joven adulto, me he vuelto un fantasma más. Siguen corriendo los minutos y no he logrado sentir algún otro peligro que despierte mi adrenalina.



Miro las estrellas que puedan verse a través de las luces citadinas, reflejándome en ellas y el destello claro de la luna que me acompaña. Decido, faltando quince minutos a las cuatro, regresar a mi casa para cesar mis fuertes latidos. Camino a paso lento, respiro hondo. Dejo que la brisa me refresque el cuerpo. En el momento más tranquilo de la noche nuevamente comienzan a ladrar los perros, y aunque siempre ladran con la misma intensidad, puedo sentir que es diferente esta noche.

Las hojas forman pequeños tornados en los suelos, y algunos gatos corren tres casas delante. Siento una tensión que va enchinándose la piel. Puedo notar a unos metros como dos sombras se encuentran afuera de un barandal más adelante, escupiendo múltiples murmullos. Me refugio detrás de un coche estacionado, camino encorvado y en sigilo para evitar ser visto. Entonces presta atención mi oído.

- ¡Apúrate! Nos van a ver después, no falta mucho para que salga alguien a tomar su transporte- mencionó el que hacía de halcón para avisar algún ron-

dín policiaco, sin embargo, no notó mi presencia.

-Si alguien la hace de pedo, nos lo agarramos a golpes. Además, ¡Espérate! no falta mucho para aflojar esto. Mi piel, que se erizó al son de los escalofríos, me ayudó a entender que en segundos, una incertidumbre comenzó a invadirme. El peligro de la noche estaba frente a mí, pero ahora yo, que traté de buscarlo desde hace unos minutos, me encontraba en desventaja.

Lo mismo hubiera sido un encuentro con pandillas, policías corruptos o un grupo de traficantes. Yo quería esto, ¿no? me repetí mentalmente varias veces. Puedo pensar en estrategias, pero el tiempo corre y las personas dentro de la casa pueden salir dañadas si no me apuro. Me obligo a mí mismo a acatar una responsabilidad. Yo quise esto. Yo pensé esto. Yo estoy aquí.



Hay ocasiones donde las inyecciones de adrenalina a las cuales el cuerpo se somete en momentos de vida o muerte producen un bienestar momentáneo, una sensación de luchar hasta caer, de irse puño tras puño hasta llegar a sentir la respiración como un milagro.

Me evité de monólogos e introducciones, corrí hacia el halcón para tumbarlo aprovechando el elemento sorpresa, intentó defenderse golpeando mi mentón desde el suelo. En lugar de un dolor instantáneo, solo sentí la necesidad de contrarrestar un golpe con otro.

El cerrajero perdió la concentración, desesperado fue tras mi espalda para levantarme y hacerme una llave, me impulsé para chocar su espalda con el automóvil estacionado. Tras eso me soltó, gritando levemente. El halcón se levantó y fue hacia mí, me alejé para llevar la pelea a la calle y no cerrarme entre la banqueta. Entonces el cerrajero sacó una navaja. El Halcón se notaba más enojado, quizá se sintió avergonzado por caer fácilmente.

-Ya vámonos, si se acerca lo fileteo –le dijo el cerrajero al halcón, pero este lo ignoró, concentrado en su furia y vergüenza. El halcón fue directo hacia mí, logrando tirarme por mi sorpresa al ver la navaja del cerrajero. Impulsó sus puños hacia mi nariz, después a mis costillas. Contraataqué tirando mi rodilla a sus costillas de igual manera. Logré alejarlo de una patada. El cerrajero intervino por un costado con su navaja por delante. En este instante, a pesar de los pocos minutos que habían transcurrido en el primer

movimiento y el presente, ya me sentía agotado, mi respiración se entrecortaba y solo me mantenía de pie por voluntad de no caer. Fue así que, de una primera posición centrada en el ataque, debía concentrarme en mi defensa. Me cubrí con mi brazo derecho, y el filo logro atravesar mi manga para causarme una herida en el antebrazo. Saqué el tubo de mediano tamaño de mi mochila, agarrándolo de mi mano izquierda para no hacer fuerzas y provocar sangrado en la otra. Sin meditar, lancé un fuerte golpe a los dedos del cerrajero, quién gritó del impacto y soltó su navaja al suelo. Me maldijo varias veces mientras el halcón miraba incrédulo la situación que estaban viviendo.

- Ya vámonos, vámonos que si despiertan más nos van a terminar linchando- le gritó el halcón al cerrajero, dolido aun por el golpe en su mano.

De mi parte, estaba listo para seguir aprovechando la poca adrenalina que sentía recorriéndome en la sangre. Fue entonces que las luces de la casa que intentaron abrir se encendieron, y tres chihuahuas ladraron en el porche saliendo de la puerta de la casa junto a hombre de gran edad.



- ¡¿Quién chingados está haciendo relajo?! - gritó enardecidamente el dueño-

El halcón y el cerrajero decidieron irse corriendo mientras me miraban de reojo y me insultaban mediante señales.

Ante la repentina situación, huí hacia mi casa con mis últimos alientos de esa noche. La vida me había vuelto en cuestión de horas nocturnas, trepé mi casa hasta llegar a mi cuarto, donde había dejado un desorden por el nerviosismo que me acechaba. Me recosté, fui quitándome la camisa larga para dejar secar la herida en la cama y mi calzado para descansar mis pies que lucían hinchados, rojos como si hubiesen ido a un maratón. El resto de mi cuerpo, aunque no herido de muerte, podía notarse agitado todavía.

Las respiraciones fueron bajando poco a poco. Mi mente pasó de un estado primitivo a uno consciente de su entorno. No estaba más luchando. La madrugada siguió hasta que el sol salió nuevamente, alumbrándose por mi ventana frontal. Concilié el sueño hasta que los rayos solares rodearon mi torso y nudillos, que adoloridos, se habían aguerido a una posición de puño.

Me recosté en posición fetal hasta caer en el sueño más profundo que he presenciado. De vez en cuando la noche me llama nuevamente; aquella madrugada la luna fue testigo de la noche en que me sentí más vivo que nunca.

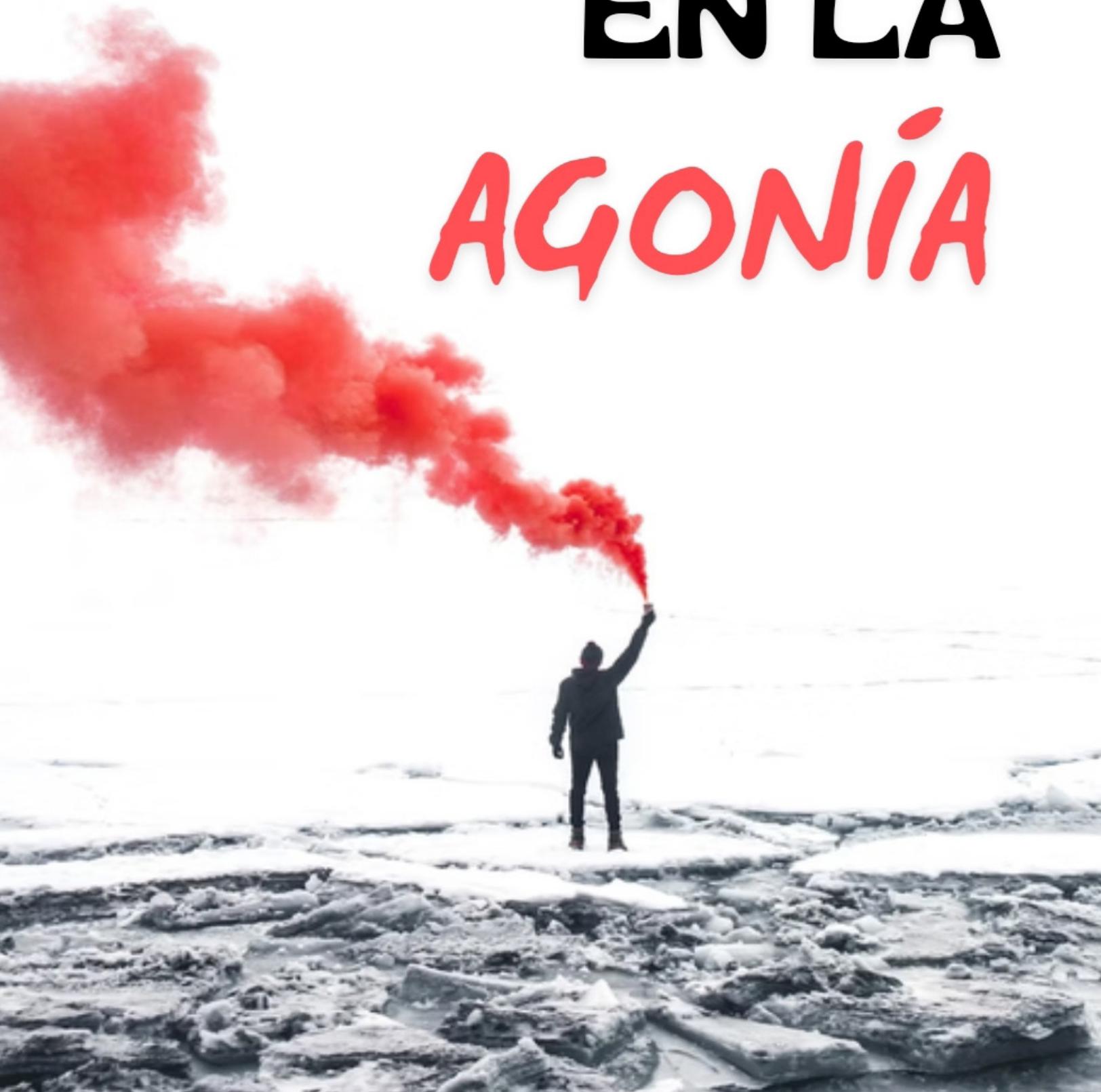
Jesús Olivares



CONVERGER

EN LA

AGONÍA



Hablar sobre el dolor,
Del insoportable parloteo de nuestros deseos insatisfechos,
De la rabia que emerge como vorágine, ante la injusticia que
permea el mundo.

La confusión desesperante, de nacer y morir al ritmo del cosmos.
Inmersos en la marea del tiempo,
Donde nos conocemos y nos alejamos en las cuatro
dimensiones del ser.

Obligados a desprendernos del todo,
Lo abrazamos, aunque resulte agónico:
Este hablar del dolor y en ello sentirlo,
Clara señal de que estamos vivos.

Como el amar intenso,
Como el hambre que ruge en las entrañas,
Como el frío que cala los huesos,
Como el sueño que pesa en los párpados.

Hablamos de dolor para que nuestra alma brote de ímpetu,
Cuasi señales de humo clamando a la otredad: **¡Aquí existo!**
Sólo así, por azar del destino, alguien responda al llamado de
nuestros aullidos,
Acercándose al vibrar de nuestra existencia, para entendernos
como vivos.

De vida a vida,
De agonía, pese a existir a otra,
Y así juntos, descubramos que talvez...
Nacer es más que sólo doloroso.

Jazmín Aldape

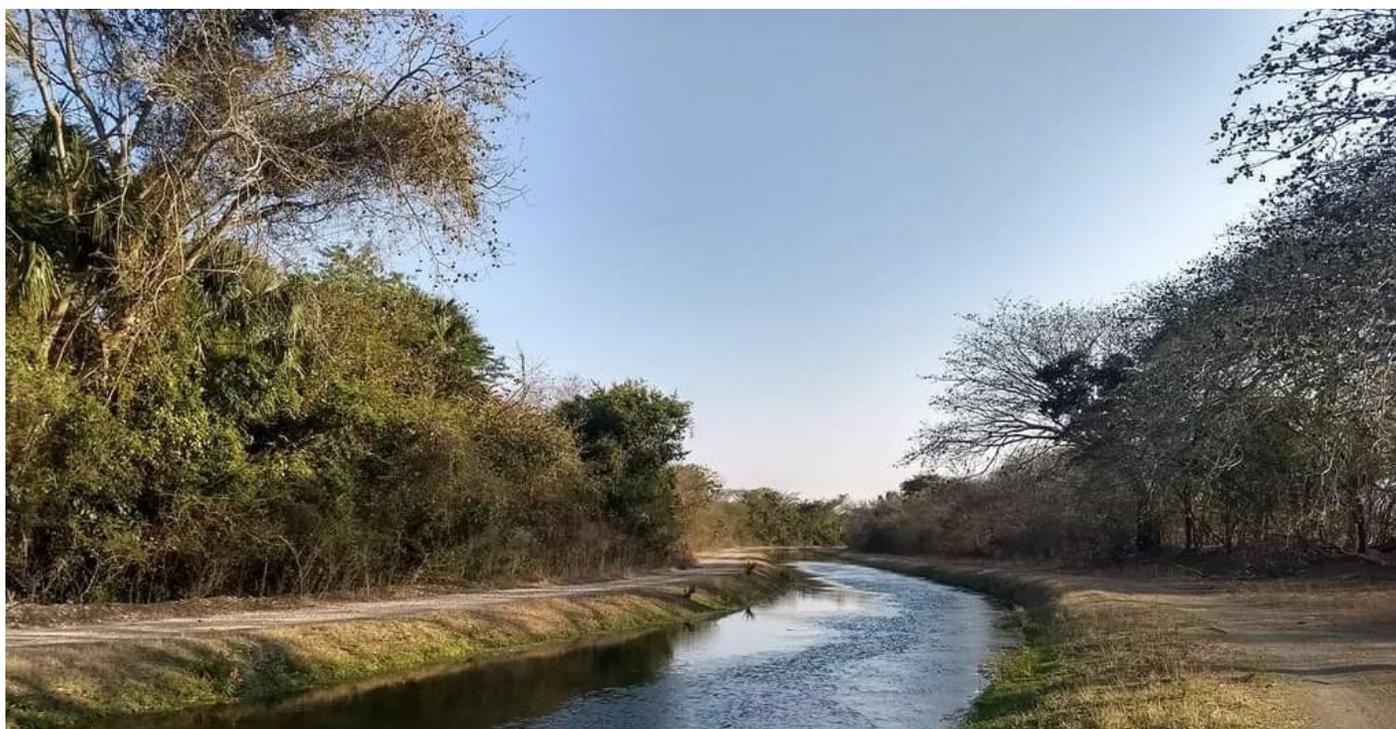
El autobús de medianoche

Este acontecimiento ocurrió una noche de otoño del 2010 en la pequeña ciudad de El Mante, Tamaulipas. No recuerdo con exactitud el mes y el día; en ese entonces, yo era un joven de 18 años que apenas comenzaba su vida adulta. Tenía una novia a quien apreciaba profundamente, y nuestra relación era como la de muchos jóvenes, amena y llena de ilusión.

Como suele suceder en muchas anécdotas en México, mi enamorada vivía en un extremo de la ciudad y yo en el opuesto. Mientras yo residía en la Colonia Unión Burocrática, cerca de los límites con el ejido Mante y sus cañaverales, ella vivía en una colonia llamada Linares. Mi medio de transporte eran los camiones (rutas), que en Mante se conocían como “Julias”, un término que se había vuelto

común para referirse al transporte público. Su origen es de las décadas de los setenta y ochenta cuando introdujeron estos vehículos como medio de transporte. Los que quedaban ahora eran pocos y tenían un diseño fabricado a finales de los noventa, parecían un vejstorio antiguo, con un diseño tosco que ya estaba en desuso desde hacía tiempo.

Aunque sus trayectos eran cortos, mis recorridos solían convertirse en viajes de casi una hora. Ciudad Mante es una ciudad pequeña y tranquila, con poca actividad nocturna y escaso turismo. Con alrededor de 1,700 kilómetros cuadrados y menos de 80,000 habitantes, mantiene su peculiar belleza rodeada de canales de riego y campos de caña de azúcar. De hecho, su principal industria, “El Ingenio Azucarero”,



ha sido una fuente de empleo durante mucho tiempo y le ha otorgado el título de “la ciudad más dulce del planeta”.

La razón de mi relato es el extraño suceso que ocurrió la tarde en que tomé la ruta hacia la casa de mi entonces pareja. Era uno de esos días agradables en que la cena en su hogar era un evento esperado. Como siempre, su familia era cálida y alegre, tratándome como parte de ellos. Después de la cena, perdimos la noción del tiempo. Para mi sorpresa, ya eran las 11:05 de la noche. La única ruta que tenía dirección a mi casa, la misma en la que llegué, solía salir a las 10:45, como máximo a las 11:00 de la noche. Con prisa me despedí y caminé rápido hacia la parada del camión. Al llegar, me di cuenta de que estaba

solo, en medio de la calma de la noche. Solo había oscuridad, el sonido de grillos y algunas luces tenues de las lámparas públicas. Ciudad Mante era silenciosa a esas horas; la mayoría de las personas ya estaban en casa y el tránsito era prácticamente nulo.

Me sentí inquieto al ver que ya casi eran las 11:30 de la noche. Enfrentaba el dilema de esperar el transporte o caminar durante casi 2 horas por la oscuridad hacia mi hogar. Durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012), la famosa “guerra contra el narco” había alterado la tranquilidad nocturna de la ciudad, haciendo de las calles un lugar peligroso. Entre camionetas grandes sin placas, con vidrios polarizados y jóvenes en motocicleta tratando de hacer un burdo espionaje, caminar no era una opción



muy prudente en aquel entonces. Mientras evaluaba mi situación, vi a lo lejos, entre la penumbra, dos faros de luz. Cuando el vehículo se acercó, pude ver que se trataba de un camión. No era la ruta habitual que usaba para salir de la colonia Linares; era una de esas “Julias” antiguas, descontinuas. Esperé, confiando en que fuera parte del transporte público. Para mi sorpresa, el camión se detuvo frente a mí con un sonido característico de frenos, expulsando aire por la presión hidráulica similar al de un tráiler.

Era un autobús blanco, sin letrero de ruta, en perfectas condiciones, luciendo “nuevo” y bastante limpio. Al abrirse las puertas, el chofer, un hombre pulcro y bigotón, me miró sin decir palabra. Le pregunté:

- Disculpe, ¿pasa por la escuela Club de Leones o por el bulevar?

Él asintió con la cabeza, así que subí. Saqué las monedas de mi bolsillo y le pregunté cuánto costaba el pasaje. Sin respuesta, levantó su mano en un gesto que parecía decir “no es nada”.

Bastante desconcertado, me dirigí a los asientos. Noté que los pocos pasajeros a bordo tenían un semblante disperso y taciturno. En el asiento delantero, un hombre mayor con bastón, gafas, pelo cano y muy pálido. Más atrás, una enfermera, una mujer vestida de civil y un hombre de mediana edad, aparentemente trabajador de la construcción.

Todos se sentaban lejos unos de otros, evitando el contacto visual. La atmósfera era inquietante; las luces dentro del autobús eran intensas, y el interior me recordaba a un hospital. Al tomar asiento en la parte trasera, las luces se apagaron, indicando que el conductor continuaría con el viaje. El trayecto era silencioso, casi sepulcral. En mi mente, no dejaba de cuestionarme:

-¿Por qué no me cobró?

- ¿Qué ruta es? ¿Realmente es una ruta?

- ¿A dónde van estas personas a estas horas?

-¿Será el transporte privado de alguna fábrica? El ingenio no está en esa dirección...



Mis inquietudes aumentaban mientras el camión recorría el bulevar Cano Manilla. Sin embargo, cuando pasamos por la alameda, me sentí un poco más tranquilo.

Al ver los canales, supe que íbamos en la dirección correcta. Al llegar a la esquina de la escuela primaria Club de Leones, avisé que deseaba bajar. El camión se detuvo, pero las puertas traseras no se abrieron. Dudando, me dirigí hacia las puertas delanteras, las cuales suelen usarse solo para subir. Al abrirse, miré al chofer solo de reojo y le dije:

- ¡Gracias!

Al bajarme, finalmente aliviado, esperé para ver hacia dónde continuaba el autobús. Se dirigió sobre la avenida Luis Echeverría, rumbo a la carretera que conecta con el municipio de “El Abra” y la desviación a Tampico. Finalmente, noté algo que me sirvió de referencia: la parte trasera del autobús tenía un rotulado con letras negras que decía:

“Transporte particular del Ingenio Azucarero de Ciudad Mante. Gobierno de Enrique Cárdenas González”.

Durán D.



Silencio en el bosque

Era un bosque silencioso en pleno otoño. La ramas de los árboles se mecían al viento, como las garras huesudas de un cadáver surgiendo de la tierra. El hombre caminaba con prisa en medio de los enormes pinos y abedules, bajo el manto de la noche tapizada de estrellas.

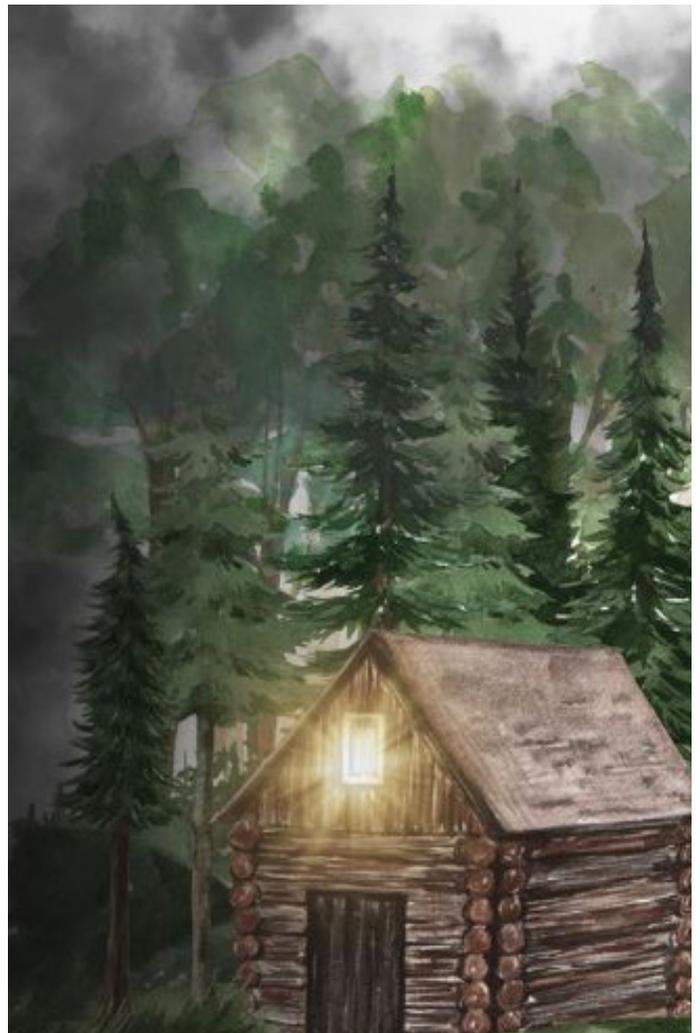
Miró a su alrededor con aprehensión, y se encontró con un viejo árbol que trajo a su memoria recuerdos del pasado.

Hacía ya 20 años desde el incidente...

Una fría noche de otoño en que la lluvia caía con fuerza y el cielo era iluminado tan solo por los incesantes relámpagos, llegó a su casa y se encontró con una escena que parecía sacada de una pesadilla y no del mundo natural de Dios y de los hombres.

Acostada sobre la cama, se encontraba su esposa con los brazos extendidos, inmóvil, como si estuviera muerta. Y sobre ella, un ser que no podía ser otra cosa que un demonio; algo que parecía salido de las entrañas del infierno. La bestia, al verlo entrar, lanzó un gruñido y huyó por la ventana. Su rostro no era el de ningún animal conocido, y la forma de su boca: una abertura vertical surcando el rostro, llena de hileras de colmillos, se quedaría grabada en su memoria y le causaría pesadillas tras todos estos años.

Saliendo del inmovilizante pánico que había hecho presa de él, se dirigió junto a su esposa. Estaba pálida, inmóvil, pero se dio cuenta de que aun respiraba. Tras despertar, dijo no recordar nada, solo que se había quedado dormida de repente y había tenido una horrible pesadilla con una bestia que la perseguía y se abalanzaba sobre ella. Su marido decidió no contarle cuanto había visto y con el tiempo el asunto fue olvidado, al menos por ella. Pero 9 meses después, la mujer dio a luz.



Fue un parto difícil, y la partera le dijo al hombre que quizá su esposa no sobreviviría; pero tras dos horas de incertidumbre y gritos y llanto, el bebé nació y la mujer logró burlar a la muerte, aunque quedó desmayada por el extenuante esfuerzo.

En cuanto la partera vio a la criatura, se persignó y salió casi corriendo, visiblemente aterrada y murmurando palabras ininteligibles. El hombre, extrañado, se acercó al recién nacido y, al verlo, soltó un grito de horror. Su cuerpo, cubierto de espeso pelaje rojo y del cual surgían extremidades que no eran humanas, le cortó la respiración.

Pero lo que más le impactó y congeló su corazón fue su rostro: surcado por una abertura vertical repleta de colmillos. Como única señal de parentesco materno, el neonato tenía un lunar en la frente en forma de media luna, exactamente como el que tenía la esposa del hombre. Tras recuperarse de la impresión, tomó a la criatura en sus brazos mientras su mujer seguía dormida y se dirigió al bosque.

Cuando regresó, su esposa aún dormía, pero daba muestras de estar a punto de despertar. Al abrir los ojos, miró a su marido y preguntó por su hijo. Aun temblando, mordiendo su pulgar visiblemente nervioso, el hombre le dijo que el bebé nació muerto y lo había enterrado en el patio trasero para tenerlo cerca, pero no consideró adecuado mostrarle a su hijo

muerto por el impacto que esto podría tener en ella, más aún estando tan débil. La mujer se puso como loca, y con las pocas fuerzas que aún tenía le reclamó por no haberle mostrado a su hijo. Intentó ir al patio trasero, pero su esposo la detuvo. Ahí, en el patio trasero, solo había una cruz como señal de la falsa tumba.

Los días pasaron y las facultades mentales de la mujer fueron degenerando, asegurando que escuchaba la voz de su hijo llamándole y que la bestia que había soñado hacía 9 meses se le aparecía todas las noches. Su esposo nunca vio ni oyó nada extraño. Pero el recuerdo de la bestia y el bebé, y aún más, de las semejanzas entre ellos, no lo dejaba tranquilo y lo sumieron en la ansiedad y el insomnio.



Tras un par de años, la mujer murió. El hombre se quedó solo en la vieja casa acompañado tan solo por el alcohol barato que compraba en la ciudad y por sus terribles recuerdos.

Cruzaba el bosque con frecuencia cuando iba a la ciudad por víveres y alcohol (en especial por esto último), hasta que empezaron a correr rumores de que un animal, quizás un lobo o un oso, estaba destrozando a los animales del bosque, incluso a los de las granjas vecinas y algunas personas.

Se realizaron partidas de búsqueda, todas sin éxito. Con el tiempo, la gente decidió mantenerse alejada del bosque y cuidar más de sus animales. El bosque se convirtió en una especie de lugar maldito que todos evitaban.

Habían pasado muchos años del suceso y ahora el hombre recorría nuevamente el viejo bosque. Desesperado por conseguir más alcohol, decidió cruzarlo para ir rumbo a la ciudad en vez de hacer el largo rodeo, seguro de que tras tantos años no habría peligro alguno.

A mitad del camino, se encontró con el árbol bajo el cual hacía 20 años abandonó al hijo de su mujer (para él había quedado claro que no era su hijo). Por un instante sintió remordimiento al pensar en el bebé devorado por las hormigas o las bestias salvajes, pero en seguida se dijo a sí mismo que eso no era humano y sacudió de sí todo rastro de empatía. Siguió su camino hasta que un ruido turbó el silencio del bosque.



Un par de arbustos se movieron detrás de él y en medio de la noche surgió un par de ojos rojos como brazas ardientes. Sobre el suelo cubierto de hojas secas se alzó un enorme animal que paralizó al caminante. A pesar de la oscuridad, la luz de la luna iluminó a la bestia. El hombre la vio, con el pelaje rojo cubriendo su cuerpo, las dos probóscides a modo de tentáculos que surgían de su espalda, el hocico vertical repleto de colmillos que surcaba su rostro y, más aterrador aun, el visible lunar en forma de media luna en medio de la frente.

La bestia se abalanzó sobre su víctima clavándole en el cuello sus fauces verticales, rodeadas de una triple hilera de babeantes colmillos. Los gritos llenaron el silencio del bosque y la creatura envolvió el torso del hombre con sus probóscides. Tras el crujido de la espina dorsal, la bestia tomó entre sus garras huesudas las dos mitades de su presa, sin saber ni importarle quién era, y volvió a su guarida, bajo la mirada indiferente de las estrellas. No se escuchó ni un ruido más. Era un bosque silencioso en pleno otoño...

Jorge E. Sánchez



Lo último que te recuerde que te amo



Sólo quiero que el decirte te amo

Sea lo último que te recuerde que te amo

Que sea mi piel sobre tu piel

Recorrer las calles de tu mano

Amarte con sobrenombres

Y llevarte a mi lado

Perderme cuando lo necesites

Morir cuando te vas

Resucitar cuando vuelves

Que la distancia que hagamos con las
mentiras sea nula

Que el amor demostrado a la luz de la luna

Sea lo que te guíe cuando te encuentres
oscuras

El camino recorrido ya ha sido iluminado

Y yo solo espero que lo último que te
recuerde que te amo

Sea yo diciendo que te amo.

Dalia Castilleja

Una cita sin horario ni lugar.

Era como si cada día quedáramos para una cita, siempre encontrándonos en el camino de nuestro nuevo día. No había plan, no había expectativas, pero ahí estábamos, tú y yo, en ese punto exacto donde las rutinas de dos desconocidos se cruzan como si el universo lo hubiera decidido.

Primero fue una vez, una coincidencia insignificante. Caminaba rápido, con la cabeza en mis cosas, y al alzar la vista, ahí estabas. Te vi, como se ven las caras entre la multitud, sin detenerme demasiado. Un cruce de miradas, breve, casi accidental. Pero al día siguiente ocurrió lo mismo. Un horario diferente, un segundo más de atención. Y luego, el tercer día. Para ese entonces ya no parecía coincidencia.

Lo curioso es que ninguno de los dos hacía nada para que ocurriera. No es que te buscara entre la gente, o que tú te detuvieras a esperar. Simplemente pasaba, como una de esas pequeñas certezas de la vida que no requieren explicación. Nos encontrábamos, nos mirábamos, y seguíamos.

Y así, cada mañana. Como si alguien nos hubiera marcado un destino compartido sin consultarnos. A veces pensaba en qué dirías si te hablara, si te detuvieras un segundo más. Pero luego me daba cuenta de que el encanto estaba en eso, en no decir nada, en dejarnos llevar por esa cita sin horario ni lugar, donde lo único que importaba era el momento en que nuestras miradas se cruzaban, justo antes de que el día comience.

Cada vez que nos encontramos, mi paso se volvía un poco más ligero, como si el simple hecho de verte me recordara que el día aún estaba por empezar, que aún quedaba por descubrir qué más traería.

Tal vez mañana ya no te vea, o tal vez sí. Pero mientras tanto, seguiré caminando, esperando esa mirada, ese cruce, ese instante.

Adán F. Segovia



Schrödinger

En ocasiones
imagino que abrirás la puerta
y te quejarás
de las cosas simples.

O escucho
que no la abres,
ni te sientas a la mesa
y no te quejas de las cosas
que sin ti están.

Limpio la habitación
llena de instantes
que se pegan
como pelo de gato
a la ropa.

Y lleno las esquinas
de sombras
que no me hablan de ti
cuando las riego.

A veces
abro el clóset
mientras tengo mis ojos
cerrados.

Quizá estés ahí
si no los abro.



Carolina Moreno

Abecedario

A de ácido.

El arte es un vómito ácido que provoca la indigestión del entorno: sube por mi garganta para expresarse sin previa autorización... quiere salir de mi esófago cuánto antes. El cuerpo busca expresar arte cuando el estrés laboral nos mata, y los gases de la ciudad oxidan nuestros pulmones. Estoy seguro de que los primeros artistas rupestres debieron pintarse cazando animales por el cansancio de tanto limpiarse la sangre. La necesidad de plasmar aquello que nuestro entorno reprime mediante sus pantallas, sonidos, anuncios y servicios. ¿Es el estrés de la vida necesario para lograr generar en mí una orientación artística? ¿Debo cansarme de tomar el transporte lleno para animarme a escribir? ¿Debo agitarme con sustancias para crear una obra?

Amo las expresiones ajenas que cuentan una historia en cada gesto, movimiento de mano, cada palabra que se repite. Somos una tradición viviente de modismos que han estado aquí por siglos. Juntando lenguas en un solo dialecto, entremezclando milenios de nombres, apellidos, huesos y sangre. Cada palabra que he dicho cada suspiro que suelto, es un viento de expresión.

Jesús Olivares



antes. El cuerpo busca expresar arte cuando el estrés laboral nos mata, y los gases de la ciudad oxidan nuestros pulmones. Estoy seguro de que los primeros artistas rupestres debieron pintarse cazando animales por el cansancio de tanto limpiarse la sangre. La necesidad de plasmar aquello que nuestro entorno reprime mediante sus pantallas, sonidos, anuncios y servicios. ¿Es el estrés de la vida necesario para lograr generar en mí una orientación artística? ¿Debo cansarme de tomar el transporte lleno para animarme a escribir? ¿Debo agitarme con sustancias para crear una obra?





*Jacques-Louis David, 1787,
La Muerte de Sócrates*

¿Qué es y qué implica realmente el proceso de la filosofía y su enseñanza?¹

El humano racional y pensante, al tener las suficientes capacidades cognitivas como para reflexionar sobre su propia existencia y su lugar en un mundo complejo lleno de posibilidades, tiene la capacidad, tendencia y hasta necesidad de hacerse preguntas y plantearse problemas, hay en él una insaciable sed por respuestas, un deseo interno por encontrarle un sentido a todo a su alrededor. Esta necesidad inherente puede ser atendida por toda clase de ideologías, dogmas, respuestas sencillas, sistemas poco matizados de la realidad, escuelas del pensamiento, paradigmas científicos y académicos, e incluso por filosofías, las cuales nos otorgan cierta seguridad intelectual. El problema con este tipo de abordaje, si no se lleva a cabo con cierto escepticismo, es que nos hacen perder de vista y descuidar nuestra capacidad crítica y autónoma de analizar y comprender el mundo a nuestro alrededor, lo cual nos lleva a seguir ciegamente una autoridad externa, cuya prioridad seguramente no es nuestro bienestar y desarrollo, además de que probablemente no nos otorgue una visión realmente amplia de las cosas, sino un modelo dogmático, linear, rígido, polarizador, parcial y sesgado del mundo.

La filosofía es aquella disciplina que, si es ejecutada correctamente (bajo ciertos principios y actitudes, de los cuales algunos serán presentados en este artículo), nos puede despertar de diversos sueños e ilusiones dogmáticas, y catapultarnos hacia una comprensión más amplia y profunda de la realidad y los problemas que nos rodean, no con el objetivo de obtener verdades absolutas y encontrarnos plenamente satisfechos con respuestas fijas, sino con el propósito de crecer y realizarnos como personas, descubrir nuevas caras del mundo y lo humano, y mejorar nuestras condiciones materiales y existenciales en sociedad. En otras palabras, la razón de hacer filosofía está en el simple amor al proceso de explorar nuevas posibilidades, comprender el mundo a nuestro alrededor y realizarnos como personas individuales que a la vez se encuentran enlazadas a otras personas dentro de una colectividad, y por lo tanto con la responsabilidad de aportar a la sociedad.

- La filosofía que se enseña en las academias (como es visto en la malla curricular del Plan Educativo 420 de la carrera de Filosofía de la UANL) suele limitarse a una presentación recopilatoria de los pensadores más influyentes dentro de la cultura occidental, desde una mirada específicamente eurocéntrica², la cual se explica siguiendo un hilo conductor lineal y cronológico, reduciendo así la enseñanza de la filosofía a una historia del pensamiento particular de ciertos filósofos que impactaron a sus contemporáneos occidentales, sin un orden, dirección ni visión más allá de una secuencia de eventos y contexto histórico, y sin las herramientas, metodologías ni enfoques analíticos suficientes para operar dentro del mundo actual y enfrentar los problemas que nos competen.

Aquello que ofrece la academia no es lo que esperábamos ni lo que se nos prometía, no es la enseñanza integral de un proceso y experiencia auténtica de la filosofía, sino una recapitulación descontextualizada de aquello que pensaron una multitud de humanos preocupados por encontrar respuestas a problemas de sus épocas occidentales correspondientes. La verdadera filosofía no se limita a una historia de la filosofía, aunque se puede nutrir de esta si se le aplica un enfoque lo suficientemente integral y didáctico, que nos permita realmente cuestionar, estudiar, comprender, analizar e integrar un inmenso número de distintas perspectivas, todo con una mente radicalmente abierta y sobre un fundamento contextual (por qué y para qué³) que nos permita experimentar con ellas y aplicarlas de forma práctica en situaciones reales y problemáticas sociales de actualidad. Los nombres, reconocimientos y autoridad que se les adjudica a los “grandes” pensadores de la historia no es lo importante, la prioridad no debería ser el individuo particular, sino las ideas que este compartió y la forma en que podemos conectar estas ideas con las de otros pensadores y con nuestras propias reflexiones⁴.

La filosofía no se limita tampoco a la mera especulación sin fundamento, pues implica un proceso disciplinado, dirigido, metódico, autocrítico, autoconsciente, empírico e integral, de modo que no podemos quedarnos estancados en la formulación académica ni en la reflexión abstracta, solipsista y desvinculada del mundo real, sino que debemos pasar a la acción y encarnar, por así decirlo, una actitud filosófica (la cual conlleva un compromiso y una práctica constante de reflexión y crítica) en cada área de nuestras vidas y cada decisión que tomemos, además de poner a prueba concepciones abstractas y llevarlas a lo concreto.

La filosofía puede ser abordada de una infinidad de formas, hay una gran variedad de metodologías de análisis e investigación, perspectivas, enfoques y panorámicas, muchas de ellas contradictorias entre sí, y todas tienen su valor e importancia, sin embargo, no podemos caer en la postura relativista y decir que todas ellas tienen la misma validez y lugar dentro del desarrollo del pensamiento humano. Hay perspectivas más completas que otras, argumentos más sólidos que otros, enfoques más integrales que otros, soluciones más eficaces que otras.

Uno de los principales propósitos en la filosofía como ciencia omni-abarcante es llegar a tener una visión panorámica del mayor número de aspectos, dimensiones, matices y detalles de la realidad en su totalidad, para ello es necesario aplicar un enfoque integral, es decir, un acercamiento al mundo que tome verdaderamente en cuenta todas sus caras, dimensiones y posibles orientaciones. Por un lado, como presenta Ken Wilber⁵ dentro de su filosofía integral, están las cuatro dimensiones de la experiencia humana (también pueden ser vistos como enfoques), es decir, los cuadrantes internos individuales (desarrollo subjetivo de la conciencia; psicología, fenomenología) y colectivos (moral compartida y cultura), y los externos individuales (estructuras materiales de la realidad objetiva; ciencias naturales, neurología) y colectivos (sistemas sociales e institucionales; ciencias sociales); y por el otro,

como lo vemos en las ramas de la filosofía académica tradicional, están los rubros de la metafísica, ontología, epistemología, lógica, ética, estética, filosofía política, etc., los cuales pueden ser abordados desde los distintos enfoques ya mencionados anteriormente.

Para concluir de forma concisa, a partir de lo mencionado por Leo Gura⁶ y mi propio criterio analítico, el proceso filosófico implica cinco actividades primordiales:

1. La investigación, análisis y comprensión de una gran variedad de perspectivas, enfoques y metodologías, sin un favoritismo occidental ni moderno.
2. La contemplación y reflexión filosófica tanto individual (aislada, ininterrumpida y en silencio) como colectiva (diálogo, exposición de ideas, retroalimentación).
3. La sistematización integral tanto de las distintas perspectivas que analizamos, como de las conclusiones y conexiones a las que llegamos mediante la reflexión personal y la retroalimentación externa.
4. La comunicación clara, concisa, ordenada y didáctica de las ideas concluidas.
5. La transformación tanto personal (psicológica, intelectual, ética, espiritual y práctica) como colectiva (social, cultural, moral y política) implementando y contextualizando de forma tangible y concreta lo aprendido y analizado previamente.

Todo esto sustentado en cinco pilares fundamentales:

1. Un enfoque integral que tome en cuenta todas las caras de la realidad (metafísica, ontología, ciencia empírica, epistemología, gnoseología, lógica, estética, ética, filosofía de la mente, filosofía política, filosofía del lenguaje, etc.) y todas las dimensiones de la experiencia humana, es decir, la interna individual (estructuras subjetivas y desarrollo de la conciencia), interna colectiva (valores y desarrollo de las culturas), externa individual (constitución material y orgánica del cerebro) y externa colectiva (sistemas sociales y fuerzas de producción)⁷.
2. Una actitud crítica y escéptica hacia toda opinión, ideología, filosofía, escuela, postura, sistema, paradigma, autoridad y enfoque, incluso hacia el propio escepticismo y hacia todo lo dicho en este texto.
3. Una voluntad persistente de explorar todo tipo de posibilidades y posturas sin asumir sesgadamente que son erróneas o inválidas, por muy locas o extremas que parezcan desde nuestra posición intelectual.
4. Una atención primordial a los diversos engaños, distracciones, trampas y sesgos que se encuentran en nuestra propia mente.
5. Un compromiso, pasión, disfrute del proceso, visión y dirección lo suficientemente sólidos como para motivarnos a tomar en serio y de forma disciplinada el largo, complicado y confuso camino de la filosofía.

Notas

¹ Este es un escrito elaborado en 2023 y publicado en el periódico Oso Negro, y ahora es editado en 2024, con algunas ideas agregadas, para la revista Arhum.

² Anesie Epardo, Discurso ilustrado en la licenciatura en filosofía. [Ponencia en FFyL UANL, 2022].

³ Alejandro Cerletti, La enseñanza de la filosofía como problema filosófico. (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008), 74.

⁴ Parte de esto fue inspirado por las conversaciones que compartí con mi amigo Darío Niven (2023).

⁵ Ken Wilber, El ojo del espíritu: Una visión integral para un mundo que está enloqueciendo poco a poco (Barcelona: Editorial Kairós, 1998); Una teoría de todo: Una visión integral de la ciencia, la política, la empresa y la espiritualidad. (Barcelona: Editorial Kairós, 2007).

⁶ Actualized.org, An Intro To Serious Philosophy - Top Advice For Philosophers [YouTube Video].

⁷ El enfoque integral es propuesto por Wilber en El ojo del espíritu y Una teoría de todo.

Bibliografía

- Actualized.org [Leo Gura]. An Intro To Serious Philosophy - Top Advice For Philosophers [Video]. YouTube, 30 de octubre de 2022. <https://www.youtube.com/watch?v=InmNW96qcUk&feature=youtu.be>
- Cerletti, Alejandro. La enseñanza de la filosofía como problema filosófico. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008.
- Epardo, Anesie (2022, 28 de octubre). Discurso ilustrado en la licenciatura en filosofía. [Ponencia]. Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, San Nicolás de los Garza, N.L, México, 28 de octubre de 2022.
- Niven, Darío. Comunicación personal en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, San Nicolás de los Garza, N.L, México, 8 de marzo del 2023.
- Wilber, Ken. El ojo del espíritu: Una visión integral para un mundo que está enloqueciendo poco a poco. Barcelona: Editorial Kairós, 1998.
- Wilber, Ken. Una teoría de todo: Una visión integral de la ciencia, la política, la empresa y la espiritualidad. Barcelona: Editorial Kairós, 2007.

*Escrito por Jesús Lauro Chapa Valdez, estudiante de
Filosofía de noveno semestre en la FFyL UANL*

Dalia Castilleja

Psicóloga clínica, amante del arte y las letras, a mis 16 años comencé este peregrinaje donde intente poner en palabras, lo que mi corazón velaba.

Francisco R. Garcisán

Monterrey, Nuevo León, México. Licenciado en Diseño Industrial y Especialista en Diseño de Futuros y Pensamiento Prospectivo. Apasionado por el mundo de las ideas y el proceso de plasmarlas en la realidad a través de diversas disciplinas. Miembro del Colectivo Letras y Poesía desde 2019.

“Para mí la poesía es intentar explicar lo inefable de la experiencia única del ser. Lograr que el sentimiento trascienda la barrera del cuerpo y de lo efímero, dejar que habite en las palabras; que renazca en alguien más.”

Jesús Ozmar Olivares Hernández (2000)

Originario de Monterrey, México. Escritor ocasional formado en educación, ama el conocimiento y la libertad. Publicó su primer cuento en una antología del gobierno municipal. Actualmente trabaja en una fundación educativa. Vive por el cine, la literatura y los videojuegos.

Fernando Walle

Me fascina combinar lo poético con lo narrativo, amo escuchar historias e interpretarlas con una sensibilidad profunda, explorando los rincones emocionales y filosóficos de la vida cotidiana.

Durán D.

La contemplación y la reflexión han formado parte de mi cotidianidad. Hace algunos años decidí plasmar algunos de mis pensamientos en la escritura, poesía y en crítica social.

Jesús Lauro Chapa Valdez

Estudiante de Filosofía de noveno semestre en la FFyL UANL. Mis grandes pasiones son la filosofía y la comunicación. Me gusta pensar, organizar ideas y hablar. Mi visión del mundo es integral, trato de comprender una gran diversidad de perspectivas y complementarlas entre sí, reconociendo que el mundo es multidimensional y complejo, lleno de sistemas de relaciones que determinan todo lo que hay. Satisfacer mi curiosidad descubriendo cosas nuevas, implementar aprendizajes en mi persona para crecer y mejorar, disfrutar del camino hacia mis sueños, son algunos de los aspectos más importantes de mi vida.

Kemed Jiménez

Médico y profesor universitario, encuentra en la poesía una forma de capturar la profundidad de lo efímero. Con un estilo cargado de intensidad y reflexiones filosóficas, sus versos abrazan la fragilidad de la existencia, celebrando el amor y el presente como anclas frente a la vastedad del universo.

Adán F. Segovia

De formación profesional en Contabilidad, amante de la narrativa con interés en la filosofía y psicología.

Jazmín Aldape

Licenciada en Relaciones Internacionales y una escritora que convierte el dolor y la humanidad en poesía. Su obra explora la agonía y el amor como motores de vida, buscando conexiones profundas a través de palabras que claman por ser escuchadas. Con una sensibilidad que bebe de la filosofía y la sociología, sus versos invitan a reflexionar sobre lo que significa estar vivos.

Diseño editorial de la Revista ARHUM
Eder Gómez

Carolina Moreno (Monterrey, México, 1992).

Poeta y escritora. Ha participado en las antologías *Carne viva* (Trajín, 2023), *Sobre la fiebre y la poesía III* (Flor de Mezcal, 2024) y en revistas como *Palabrerías*, *Tintero blanco* y *Casapaís - La danza de todo* (segunda parte).

Jorge E. Sánchez

La literatura, el terror y la ficción han sido su principal fuente de inspiración para incursionar en la literatura.

Creador de la página *Mundos de Ficción* en Facebook.

